

La memoria como biblioteca. Pedro Henríquez Ureña y la Biblioteca Americana

Rafael Mondragón
Universidad Nacional Autónoma de México

Para Israel Ramírez y Freja Cervantes

1. “Curioso lector...”

Hay autores que se han imaginado la memoria como un libro: un relato donde los hechos y vivencias dispersas se ordenan linealmente, de manera que uno pueda construir una experiencia de lectura si repasa esa historia desde su principio hasta su fin. Hay otros que han imaginado la memoria como una biblioteca: una estantería o un conjunto de estanterías que permiten la convivencia de libros disímiles. En ese espacio camina un “curioso lector”, que tiene la posibilidad de ordenar y desordenar la biblioteca; el lector admira la involuntaria arquitectura creada por esa reunión de volúmenes distintos, y elige por dónde comenzar a leer.

Si la memoria no fuera un libro, sino una biblioteca, habría que preguntar por qué en América Latina ha sido tan constante la insistencia de publicar colecciones de clásicos perdidos: bibliotecas en que emergen voces que, siendo indispensables, son también desconocidas. Por ello, hermosas y tristes. “No habría poema más triste y hermoso que el que se puede sacar de la historia americana” (Martí 1992: 114). En esas palabras de José Martí, que invitan a la lectura de ciertos textos indígenas que datan de la época colonial, resuena un eco antiguo, que puede remontarse, al menos, al siglo XVI. Desde las reflexiones del Inca Garcilaso sobre la “memoria del bien perdido”, a la fundación de la Biblioteca Ayacucho por Ángel Rama, pasando las palabras del prologuista anónimo del manuscrito de Huarochirí, la recopilación de tradición oral por Juan León Mera y los proyectos editoriales de Andrés Bello, Juan María Gutiérrez, José Toribio Medina o Rufino Blanco Fombona, entre muchos otros, uno puede ver el crecimiento de una reflexión colectiva, de larga duración, sobre los marcos sociales de la memoria en nuestra América. En ciertos sujetos sociales, como las

voces anónimas de los sobrevivientes de la guerra civil en Guatemala, esa reflexión se convierte en pregunta por la producción colectiva del olvido en torno de ciertos hechos, voces y vivencias, que es paralela de la producción de una experiencia de vida cada vez menos rica. En otros, como Pedro Henríquez Ureña, Daniel Cosío Villegas y los ya mencionados Bello, Rama y Blanco Fombona, esa reflexión se convierte en una pregunta por la necesidad de editar, poner a disposición colecciones y bibliotecas que enriquezcan nuestra experiencia del mundo y le den resonancia a nuestros deseos e inquietudes.

2. Edición y liberación

Daniel Cosío Villegas acostumbraba llamar a Pedro Henríquez Ureña de una manera graciosa. Le decía “Peter”. De entre las cartas conservadas de lo que debió ser una amplia correspondencia, sobresalen las del intenso periodo que va de 15 de abril de 1945 al 6 de mayo de 1946, días antes de la muerte del maestro dominicano. Han pasado los tiempos lejanos en que Henríquez Ureña era maestro de la Universidad Nacional, y Cosío, un alumno ferviente que militaba en organizaciones estudiantiles y trabajaba para su maestro en un proyecto sobre la idea del hombre recto en el teatro del Siglo de Oro.¹ En los tiempos de estas cartas, Cosío Villegas ya era el

1 Sobre esta época de la vida de Pedro Henríquez Ureña, véase Barcia 1994: caps. IX-XII; sobre la amistad con Cosío Villegas hay datos interesantes en Krauze 1991. Las listas de asistencia a los cursos de Henríquez Ureña, que a veces van acompañadas de breves indicaciones sobre los proyectos de final de curso propuestos por cada estudiante, dan una excelente idea de la orientación pedagógica seguida por el maestro dominicano. Véase (Ruiz 1987: 123-151). La correspondencia DCV-PHU para el periodo citado se encuentra en el expediente HUP guardado por el Archivo Histórico del Fondo de Cultura Económica, Sección Autores 28-R-14-C/2. El expediente consta de dos legajos, que también recogen la correspondencia de Cosío Villegas con el resto de la familia Henríquez Ureña. Al citar y referir estas cartas, indicaré únicamente la fecha de la carta, que remite a los materiales conservados en dicho expediente. Las cartas de PHU se conservan en original, con firma manuscrita del autor y, a veces adiciones manuscritas en el margen; cuando el original está en mal estado, a veces, se conserva también una copia mecanoscrita de la carta que hace más sencilla la lectura. Las cartas de DCV se conservan en copia mecanografiada. Es importante señalar que no todos los materiales de la correspondencia se encuentran fechados. Los folios siguen una numeración que no siempre se corresponde con la cronología, pero los materiales sin fechar pueden ser datados siguiendo criterios de cronología absoluta a partir de los datos ofrecidos por las mismas cartas, y de cronología relativa por las referencias de una carta a otra. Fragmentos de una carta no conservada en el Archivo, y citada por Sonia Henríquez Ureña de Hlito, (Henríquez Ureña de Hlito 1993: 153), hacen suponer que la correspondencia conservada en el Fondo pudiera

flamante director del Fondo de Cultura Económica; en Argentina, Henríquez Ureña seguía siendo el mismo profesor pobre que repartía el poco tiempo que tenía entre sus jóvenes alumnos y los trabajos en escuelas y editoriales.²

Las cartas de ese breve e intenso periodo se conservan en el Archivo Histórico del Fondo de Cultura Económica, y hasta hoy no han sido editadas.³ Es Cosío quien inicia el intercambio: “Queridísimo Peter: hace siglos que debería haberte escrito..... ya conoces ese principio consagrado de mi correspondencia”. Las primeras respuestas de Henríquez Ureña no responden a las bromas que Cosío lanza aquí y allá. El antiguo alumno quiere proponerle un proyecto desmesurado, uno de esos “planes atrevidos”, “romántico-culturales” y “de un fortísimo olor a pachulí editorial” en donde “muy contra mi gusto, siempre termino por caer” (son todas expresiones de Cosío);⁴ y el antiguo maestro, en lugar de emocionarse, responde con una retahíla de reparos, preguntas y objeciones. En sus *Memorias*, Cosío diría que el maestro era, en el fondo, un hombre triste.⁵ Quizá también habría que añadir que para esta época era ya un hombre cansado. ¿Cuántas veces ha intentado proyectos similares? Desde 1938, cuando menos, las cartas de Alfonso Reyes a Virginia Ocampo y Oliverio Girondo testimonian el deseo de crear una “Biblioteca Americana”, colección de clásicos americanos que presentaría lo mejor de nuestra producción cultural, en ediciones completas o antologías, y que Reyes dirigiría junto a Henríquez Ureña, a quien, según el mismo Reyes, lo une “un compromiso moral”.⁶

completarse si se tuviera acceso al archivo personal de PHU, actualmente en resguardo en El Colegio de México, así como al archivo personal de DCV.

- 2 Son épocas de pobreza y persecución. El 9 de octubre de 1945, Isabel, esposa de Pedro, le escribirá a Cosío unas líneas apresuradas para contarle las enormes dificultades económicas de su familia y pedirle un poco de dinero, en adelanto del proyecto que está creando junto a Pedro. El 25 de diciembre, en la víspera del ascenso de Perón, Pedro le dirá a Cosío que no ha podido avanzar en el trabajo que ambos tienen entre manos: su hija menor, Sonia, quien le estaba ayudando a hacer copia de algunos documentos, vive absorbida por la política junto a su otra hija, Natacha, “trabajando por los movimientos democráticos”...
- 3 El presente trabajo es un adelanto de las reflexiones desencadenadas por la lectura de esos materiales, que me fueron facilitados por Freja Cervantes y serán editados próximamente por mí, junto a Liliana Weinberg.
- 4 Son expresiones de Cosío en su carta a PHU, 15 de abril de 1945.
- 5 “En el fondo, Pedro era un hombre triste, que cargaba auestas viejas y arraigadas preocupaciones. Rara vez sentía el gozo de la alegría y rara vez también lograba reír franca, abiertamente” (Cosío 1986: 96).
- 6 Dice Reyes, en carta a Ocampo el 15 de agosto de 1938: “Ante todo, celebro el desarrollo de la Editorial Sur, con que hace tanto tiempo soñábamos, y le agradezco el

El nombre elegido por Reyes y Henríquez Ureña, y recuperado por este último en su carta a Daniel Cosío Villegas del 17 de julio de 1945, es homenaje implícito al gran proyecto editorial emprendido por Andrés Bello en el exilio londinense. Iniciado en 1823, abandonado después de un primer número que terminó con los pocos fondos de los que Bello disponía, y después recuperado en 1826 con el nuevo título de *Repertorio Americano*, la *Biblioteca Americana* era una revista que hablaría de poesía y biología, geografía y pintura, geología y lingüística. El prospecto con que inicia su único volumen hace explícita la relación entre edición y liberación que dota de fuerza a todo el número, una relación que se transmitirá a proyectos editoriales de épocas futuras, y que en nuestra América fundará toda una manera de afrontar el trabajo de la producción y recuperación de la memoria cultural a través de los libros y la lectura: “La política española tuvo cerradas las puertas de la América por espacio de tres siglos a los demas pueblos del globo; i no satisfecha [...], la impidió también que se conociese a sí misma”; “si esta es, pues, la época de trasmitir a la América los tesoros del ingenio i del trabajo [...]; todo el que tenga sentimientos americanos debe consagrar sus vijilias a tan santo objeto, contribuyendo a que se esparza la luz por aquel continente, brille en todos los entendimientos, e inflame todos los corazones”. La ignorancia, continúa Bello, es “causa de toda esclavitud, i fuente perenne de degradacion i de miseria”. Así pues, la lectura ayuda al autorreconocimiento de los pueblos colonizados; su práctica dignifica a los degradados, e “inflama [...] los corazones”

haber pensado en mí desde el primero momento. Ya le expliqué a María Rosa [Oliver] el compromiso moral que me liga a Pedro Henríquez Ureña para toda posible dirección de una Colección de Clásicos Americanos. Le ruego que medite y resuelva”; y el 27 de abril de 1939 continúa con el tema: “Aquí me tiene usted a sus órdenes al frente de La Casa de España en México. Estimo que este trabajo me va a acaparar por más de un año y, entre otras cosas, tendré que escribirle a Oliverio [Girondo] dándole la mala nueva de que me es imposible por ahora ocuparme de organizar la serie americana de su editorial, cosa que en el primero momento me apresuré a aceptar por el entusiasmo que me inspira”; el editor anota que “El proyecto de hacer de Sur también una editorial —a la manera de La Revista de Occidente—, incluía una colección antológica de clásicos americanos, formada por libros de fragmentos escogidos de los autores más representativos de cada país de habla hispana del Continente. Pero Reyes proponía que, en vez de titularse latinoamericana o hispanoamericana, la colección fuera una Biblioteca Americana, pues así se podría publicar en ella a la literatura brasileña también” (Reyes /Ocampo 1983: p. 73, nota 60). Véanse, además, las muy importantes cartas intercambiadas por Reyes y Girondo entre el 14 de marzo y el 27 de abril de 1939 donde se discute el proyecto de una Biblioteca Americana (Reyes 2008: 218-233).

de los miserables: los prepara para vivir con plenitud lo que Bello llamará después “el siglo futuro”.⁷

Como Bello, Henríquez Ureña ha fracasado una y otra vez en ese proyecto generoso, prometeico, que describe la lectura como luz y fuego y, por tanto, imagina su difusión como iluminación e incendio contagioso; que nos describe a nosotros, lectores potenciales, como “americanos”, es decir, hombres con vocación de madera, hechos para arder juntos por el descubrimiento de una herencia olvidada: fracasó primero en 1938, con Victoria Ocampo y la Editorial Sur, y luego, en 1939, con Gironde y Editorial Sudamericana. El fracaso se repite más adelante en Losada.⁸ En su respuesta del 8 de mayo de 1945, Henríquez Ureña le dice a Cosío Villegas con amargura contenida que “yo inicié en Losada una colección de Grandes Escritores de América, rival de la que quieres emprender. Se suspendió porque costaba muy caro [...]. Mi colección, pues, si se llega a reanudar, marchará despacio, y, como ya me he resignado a que no exista, no me importa sacrificarla a la tuya”. Y añade: “De todos modos, una buena hace mucha falta”.

En un esbozo de la ética del artista, José Martí había escrito que “sólo los que han bregado cuerpo a cuerpo con la verdad, para reducirla a la frase o al verso, saben cuánto honor hay en ser vencido por ella” (Martí 1991: 303). Henríquez Ureña tiene razón en señalar reparos, porque lo que Cosío va a proponerle es algo imposible de lograr. Por eso sigue siendo valioso hoy. Los elementos que testimonian el plan original (el folleto con el plan editorial, las cartas con la discusión de los autores a editarse), aún proyectan sobre nosotros su luz.⁹ Los adverbios de las cartas de Cosío señalan con claridad la voluntad totalizadora, de imposible generosidad, que anima el

7 *La Biblioteca Americana, o Miscelánea de Literatura, Artes i Ciencias, por una Sociedad de Americanos*, t. I, Londres, Imprenta de don G. Marchant, 1823, p. V. Al citar, respeto la ortografía del original. Para que no quede duda, al prospecto de Bello lo anteceden unos versos de Petrarca, que cito en mi propia traducción: “hoy es el tiempo de liberar nuestro cuello del antiguo yugo, y de romper el velo que se había enredado en nuestros ojos”. Sobre la Biblioteca Americana de Andrés Bello, véase Ramírez 2012: 113-121; Jaksic 2001: 67-71 y dos textos de Pedro Grases: 1981a: 307-314; 1981b: 318-328. Siguen siendo importantes las páginas dedicadas a este proyecto por Amunátegui 1882: 188-193.

8 Hace falta un estudio concienzudo que enmarque Biblioteca Americana en los proyectos editoriales emprendidos por Henríquez Ureña en sus etapas anteriores. Sobre las colecciones dirigidas por Henríquez Ureña en Losada, (Henríquez Ureña de Hlito 1993: 136-137). Sobre los intentos anteriores de fundar esta colección en Sur y Sudamericana, véase la nota 6 del presente trabajo.

9 Una primera, valiosa aproximación a los datos que ofrece el folleto de presentación de Biblioteca Americana puede leerse en (Croce 2013: 26-36).

proyecto. Como explica Cosío en su carta del 15 de abril, se trataría de crear una colección dedicada a “sacar a flote *lo mejor* que hayan escrito los hispanoamericanos de *todas* las épocas y *todos* los tiempos” (15 de abril); en su segunda carta, del 30 de mayo, explicita que “*nada* de lo que han escrito los americanos debe estar fuera de la colección si alcanza un nivel de calidad que fijaríamos nosotros, es decir, tú” (30 de mayo). Para matizar la rotundidad de estas frases, Cosío añade graciosas expresiones coloquiales, de las que le gustaba utilizar para aderezar sus cartas: “Perdóname si con ánimo de aclarar mi idea llego a meterme francamente en camisa de once varas” (30 de mayo).

3. La importancia de lo insignificante

¿Cómo elegir *todo* lo mejor que los americanos han producido?¹⁰ Una colección editorial es también una propuesta de intervención en el espacio público, que busca visibilizar ciertas obras y saberes, y al tiempo, se orienta hacia la formación de un gusto, es decir, un temperamento y una sensibi-

10 Ya desde su primera carta, Henríquez Ureña corrige al antiguo discípulo: de realizar el proyecto, no sólo habría que pensar en los hispanoamericanos; habría que incluir al Brasil. Cosío inmediatamente responde que, además, hay que darle un espacio a las expresiones indígenas, proposición que es ampliada generosamente por Henríquez Ureña. El primer plan es ofrecido por Henríquez Ureña en su carta del 13 de julio de 1945, e incluye una lista tentativa de 50 autores; a dicha carta se añade un amplio apéndice, que incluye otra lista con algunos historiadores americanos; otra dedicada a puntear tres posibles series (Cronistas de Indias, Escritores coloniales y Escritores del siglo XIX); una ficha indicativa de la orientación de la serie Cronistas de Indias; otra con orientaciones más escuetas para preparar la serie Escritores coloniales; una ficha más con indicaciones de cómo preparar la edición de los escritos completos de Colón; otra para preparar la edición de *La Araucana*. Además, el archivo conserva en este apéndice una lista razonada y ordenada de los primeros veinticinco títulos que parece más bien pertenecer a una carta de Henríquez Ureña del 17 de julio a la que Cosío Villegas responde el 22 de agosto y de la cual no conservamos copia. En este conjunto de apéndices a la carta del 13 de julio podemos observar la variación en torno del nombre que Henríquez Ureña preferiría para la colección: así, en la ficha dedicada a “Cronistas de Indias”, el dominicano apunta que “la colección, en su conjunto, podría llevar un gran título general, como BIBLIOTECA AMERICANA o AMÉRICA, u otro más imaginativo”; sin embargo, la lista de las primeras veinticinco obras se titula “LA TRADICIÓN DE AMÉRICA / PRIMERAS VEINTE Y CINCO OBRAS DE LA COLECCIÓN”. En su carta del 25 de diciembre, Henríquez Ureña repite el nombre “La tradición de América”, y le pregunta a su amigo, entre paréntesis: “¿se llamará así?”. Todavía en la carta de Henríquez Ureña, del 26 de enero de 1946, el dominicano se refiere a “la colección que aún no sé si llamarás *La tradición de América*”. El dominicano se decide por el nombre “Biblioteca Americana” apenas en su carta del 27 de marzo de 1946.

alidad (Cervantes 2009: 279-298). Detrás de cada propuesta editorial hay también una política de la lectura. Siguiendo una intuición que Henríquez Ureña ya ha explorado en su crítica literaria, Cosío aclara desde su segunda carta, el 30 de mayo, que lo que le importa es la “calidad”, no la “importancia”. Vale la pena reflexionar sobre esto. En América es común que algo de enorme calidad haya tenido importancia reducida. Por eso, uno no puede conformarse con “la repetición cómoda de verdades descubiertas” (la frase es, otra vez, de Martí 1991: 303). El proceso intelectual americano está hecho de discontinuidades, saltos bruscos y regresos inesperados. La pretensión de representatividad se juega, en nuestra tradición cultural, de manera diferente a como se acostumbra a jugar en otros lados. La estratificación social, el colonialismo cultural y la violencia han dejado su huella, y contribuyen a esa producción social del olvido a la que aludíamos brevemente al inicio de este texto. Guamán Poma de Ayala fue leído por muy poca gente de su época, y –como dijo Emir Rodríguez Monegal– las crónicas del siglo xvi son, en cierto sentido, más contemporáneas de Borges que del siglo xvii (Rodríguez Monegal 1984: 8-15).

Por ello no debe sorprender que en las listas que Henríquez Ureña comienza a mandarle a su antiguo alumno a partir del 17 de julio de 1945, abunden nombres de autores desconocidos, muchas veces con una escueta indicación de “importante” que aún hoy puede provocar perplejidad: a menudo se trata de escritores que, a la fecha, no han sido editados, o lo fueron recientemente; que no están en los planes de estudios humanísticos de nuestras universidades. Tienen “calidad” pero no son “importantes”. Son, por ejemplo, los poetas mayores de Brasil, que siguen siendo, casi todos, desconocidos en Hispanoamérica; los mejores científicos de los siglos xviii y xix, ensayistas deliciosos que dibujaron las conchas y animales del mar Caribe, viajaron por América del Sur y combatieron el prejuicio racial en nuestro continente (Francisco José de Caldas, Felipe Poey); el primer investigador moderno de las lenguas indígenas de México (Manuel Orozco y Berra); una monja mística (la Madre Castillo); un apasionado historiador de la esclavitud en Cuba (José Antonio Saco); tres grandes escritoras del siglo xix (Gertrudis Gómez de Avellaneda, Clorinda Matto de Turner, Mercedes Cabello de Carbonera); un joven pensador recientemente fallecido (José Carlos Mariátegui)... En la misma carta, Henríquez Ureña aclara

que esta colección no debe pensarse para “eruditos”.¹¹ Esta galería de personajes extraños no quiere componer un cuadro “representativo” para uso de los especialistas: por el contrario, sus integrantes han sido elegidos para despertar preguntas e incitar la curiosidad de la gente común.

4. Una concepción de la cultura

Pedro Henríquez Ureña había regresado de Harvard hacía cuatro años: en 1941 leyó allí las conferencias que darían origen a *Las corrientes literarias en la América hispánica*. En ella, como dijo un reseñista de la época, la literatura había servido de marco para hablar de “la cultura en su sentido más amplio”.¹² Los textos literarios estaban enmarcados en una teoría de la cultura que veía a ésta como parte de un proceso social.¹³ Por ello, la amplia propuesta de Daniel Cosío Villegas será recibida con gusto por Pedro

11 Así, además de los más conocidos, como Sarmiento, Heredia, Bello, la Avellaneda, Martí y Darío, la lista del 17 de julio de 1945 incluye, por ejemplo, a la Madre Castillo (“magnífica”), el científico ilustrado Francisco José de Caldas (“importante”), el chileno Francisco Núñez de Pineda Bascuñán, *Cautiverio feliz* (“muy ameno”), los textos científicos del cubano Felipe Poey y la *Clasificación de las lenguas de México* del mexicano Manuel Orozco y Berra. En la amplia lista del 23 de enero de 1946, además de la reaparición de Caldas, la Madre Castillo, Manuel Orozco y Berra y Felipe Poey (*Memorias sobre la historia natural de Cuba*), aparecen marcados como muy importantes autores sólo conocidos en sus tradiciones nacionales, como Fray Gaspar de Villarroel, Gregorio Gutiérrez González, Florentino Ameghino, Manuel Antonio Segura y Juan Zorrilla de San Martín. También aparecen recomendados como muy importantes Joaquín García Izcalbanceta, José Antonio Saco (*Historia de la esclavitud*) y Manuel Sanguily, y se hace la apuesta de editar a escritores que en esa época eran recientes, como José Carlos Mariátegui (*Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*). En esta última lista destaca la enorme cantidad de autores de Brasil, de entre los cuales están marcados como muy importantes Fray José de Santa Rita Durão (*Caramurú*), José Basilio da Gama (*Uruguay*), Tomás Antonio Gonzaga, Antonio José Lisboa “O Judeu” (*Teatro*), Antonio Vieira, José de Alencar, Machado de Assis, José Bonifacio de Andrada e Silva, Ruy Barbosa, Euclides da Cunha, Antonio Gonçalves Dias, Alberto de Oliveira y Olavo Bilac.

12 Para un recuento de las reseñas y polémicas en torno de esas conferencias y de la posterior versión escrita de las mismas, véase (Mondragón 2010: 55-103)

13 Es la culminación de un método práctico presente, al menos, desde 1922, tal y como lo testifica el expediente sobre Pedro Henríquez Ureña guardado en el Archivo Histórico de la UNAM, en donde están descritas las clases del maestro dominicano, y los trabajos que preparaban sus estudiantes: todos los estudiantes eran invitados a elaborar dos trabajos (una investigación de lingüística y otra de literatura, para no separar disciplinas que deberían practicarse juntas). Pero la amplitud de ambas disciplinas queda atestiguada por el tipo de temas elegidos por los estudiantes: Samuel Ramos elabora su historia de la filosofía mexicana; José Gorostiza lee poesía medieval; Daniel Cosío Villegas trabaja la teoría del honor... Véase la nota 1 del presente trabajo.

Henríquez Ureña. Desde el 17 de julio de 1945, Henríquez Ureña señala que lo que importa no es sólo Hispanoamérica, y que hay que incluir a Brasil; el 9 de enero de 1946, Cosío Villegas añade que se les ha olvidado incluir obras anteriores al descubrimiento de América, o que, siendo posteriores, sean de fuente indígena. Henríquez Ureña recoge esta observación con entusiasmo, y en su respuesta del 23 de enero incluye el esbozo de una serie dedicada a la literatura indígena, que a su vez subdivide en dos partes: antes y después de la conquista. El gesto intelectual es importante, porque muestra que la literatura indígena es más que la literatura prehispánica, es decir, que la cultura indígena no es algo que esté en el pasado en cuanto época superada: a pesar de la conquista armada, la destrucción sistemática de sus textos, y la posterior implantación del régimen de explotación colonial, los pueblos mantuvieron su inventiva y su dignidad: se mantuvieron en cuanto sujetos productores de cultura.

Si es verdad que, como ha propuesto Aníbal Quijano, el racismo fue un dispositivo implantado en la Colonia para legitimar cierta división social del trabajo y dibujar con claridad una línea que racializa la dominación, y separa a los dominados de los dominadores; si es verdad que, como señaló una vez Walter Mignolo, ese racismo ha penetrado nuestra manera de concebir el arte, la cultura y la literatura, reduciendo esta última a las obras creadas en lengua española, limitadas a la circulación en el territorio de un Estado nacional, y transmitidas a través de la escritura, entonces el gesto de Henríquez Ureña tiene un contenido descolonizador (Quijano 2000: 342-386). Como recuerda Eduardo Matos Moctezuma, éstas son las mismas épocas en que el crítico dominicano ha terminado de publicar sus reflexiones sobre la tradición popular indígena. Su interés por los cuentos populares había sido atestiguado por la preparación de sus *Cuentos de la nana Lupe*, en las mismas épocas en que Henríquez Ureña le daba clases al joven Cosío Villegas. Ya desde las lejanas épocas del Instituto de Filología, el dominicano se había distinguido por una importante investigación sobre los principios de la versificación rítmica, que son fundamentales para apreciar la poesía popular. Y la *Historia de la cultura en la América hispánica*, que aparecerá publicada de forma póstuma, inicia con una alabanza de textos indígenas como el *Popol Vuh*.¹⁴ Por instrucciones del dominica-

14 El inicio del capítulo I de dicho libro reza así: “Treinta años atrás [es decir, aproximadamente, en 1917], se habría creído innecesario, al tratar de la civilización en la América hispánica, referirse a las culturas indígenas. Ahora con el avance y la difusión de los estudios sociológicos e históricos en general, y de los etnográficos y arqueológicos en

no, Daniel Cosío Villegas contactará al historiador peruano Jorge Basadre, quien descubrirá ante los dos amigos las obras de Guamán Poma de Ayala, Juan de Santa Cruz Pachacuti y Titu Cusi Yupanqui (DCV a PHU, 6 de mayo de 1946). Así, en el proyecto inconcluso de Biblioteca Americana aparecen los nombres de esos grandes traductores y mediadores entre lenguas y culturas que fueron los escritores de raigambre indígena en la época colonial. Así también, se desdibuja la concepción clásica de las historias de la literatura, que partían de la unidad de la lengua nacional, correlato de la unidad de la raza que habita el Estado-nación y se expresa en su literatura; y aparece un cuadro rico y conflictivo de lenguas y tradiciones: el proceso social de una colectividad compleja en busca de su propia dignidad.

5. Un horizonte problemático

¿Qué significa leer desde la realidad histórica que dio origen a nuestros textos? A partir del debate convocado por Roberto Fernández Retamar en los años 70, se ha hecho común hablar de la necesidad de construir una “teoría literaria latinoamericana”.¹⁵ En contraste, los maestros de la primera mitad del siglo xx eran poco afectos a escribir teoría pura: preferían reflexionar a partir de ejemplos concretos. La teoría literaria de Pedro Henríquez Ureña no fue explicada con claridad en un solo texto, pero está allí, presente en una manera de leer, escenificada en una multitud de críticas puntuales. Para saber cómo entendía él nuestra literatura, uno tiene que prestar atención a la manera en que está leyendo.

particular, se piensa de modo distinto” (Henríquez Ureña 1947: 10). A la reflexión sociológica e histórica sobre las “altas culturas” en América le sigue una enumeración de los textos literarios mayas conservados y dignos de estudio: el *Popol Vuh*, el *Rabinal Achí*, los *Anales de los Cakchiqueles* y los libros de *Chilam Balam*, en el caso maya (Henríquez Ureña 1947: 15). Como se puede ver, hay una continuidad entre esta enumeración y la propuesta editorial que presentará la Biblioteca Americana. Sólo en esta época logra Henríquez Ureña una primera aproximación a un tema que le interesaba desde hacía mucho: ya el programa del curso de literatura argentina y americana dictada por el dominicano en el Instituto Nacional del Profesorado argentino, en 1925, dedicaba un inciso a recuperar los “datos que existen sobre las letras en las civilizaciones indígenas” (véase el documento en Barcia 1994: 279-282).

15 Aludimos aquí a los famosos textos de Fernández Retamar, hoy recogidos en (Fernández Retamar 1995). Para un diagnóstico de este debate y sus proyecciones actuales, remitimos a Raúl Bueno y Grínor Rojo (Bueno 1991 y Rojo 2013)

En su primera carta, Cosío Villegas había invitado al antiguo maestro a crear una colección donde cupieran todos los géneros: “historia, novela, poesía, ensayo, teatro, ciencia inclusive”. Para responder a esa propuesta, el crítico dominicano imagina subcolecciones que reunirán cosas que parecen distintas: en lugar de agrupar los textos en subcolecciones de narrativa, de historia o de ciencia, Henríquez Ureña propone ejes problemáticos que se convertirán en claves de lectura para pensar de otra manera nuestra tradición literaria.

El primero de estos ejes es llamado por Henríquez Ureña “vida y ficción”. Según explica en la misma carta, en él van reunidas las novelas, los cuentos, los artículos de costumbres y las memorias que dan fe de la vida social. Ello quiere decir que, en lugar de separar historia y literatura, Henríquez Ureña quiere averiguar cómo lo social es figurado a través del acto de recordar, describir, narrar y ficcionar. La vida no es algo distinto de la ficción. La memoria es ficción y es vida. Sabemos lo que ha sido nuestra vida en colectivo porque nos hemos hecho capaces de narrarlo.¹⁶

El segundo eje es el único que pasó al proyecto publicado. Su nombre es “pensamiento y acción”. A decir de Henríquez Ureña, en él irán juntos pensadores, filósofos, políticos, oradores, ensayistas, periodistas, críticos de arte y de literatura. De esa manera, el maestro propone un orden de los libros que incide en el debate por la caracterización del pensamiento latinoamericano, que por aquellas fechas comenzaba a tomar fuerza en los escritos de José Gaos y Francisco Romero. Nuestros pensadores no han sido nunca “filósofos puros”, y la mejor manera de leer lo que pensaron es preguntar qué querían lograr con esos textos. El pensar en América ha tenido muchas veces un carácter proyectivo y una acentuada vocación pública. Campos aparentemente ajenos como la crítica literaria, el periodismo, la política y la filosofía normalizada en realidad son parte de un esfuerzo común: participan del mismo deseo por transformar la vida colectiva.¹⁷

16 Entre los textos que Henríquez Ureña propone como muy importantes para esta sección, están los *Recuerdos del pasado* de Vicente Pérez Rosales, *Una excursión a los indios ranqueles* de Lucio V. Mansilla, *María* de Jorge Isaacs, *Recuerdos de provincia* de Sarmiento, *Tradiciones peruanas* de Ricardo Palma y alguna obra de Alberto Blest Gana, José Joaquín Fernández de Lizardi, Manuel Gutiérrez Nájera, José de Alencar y Joaquín María Machado de Assis.

17 Entre las obras anotadas por Henríquez Ureña como muy importantes se encuentran el *Facundo* y los *Viajes* de Sarmiento, la *Moral social* y los escritos de crítica literaria de Hostos, la *Filosofía del entendimiento*, los estudios críticos, la *Gramática* y la *Ortología y métrica* de Andrés Bello, la *Memoria sobre la historia natural de Cuba* de Felipe Poey, los discursos y artículos de Justo Sierra, los *Diálogos sobre la historia de la pintura en México*

El tercer eje guarda estrecha relación con el primero. Su nombre es “historia y biografía”. Como bien lo mostró Sarmiento en su biografía de Juan Facundo Quiroga, la reflexión sobre la experiencia de una vida muchas veces se convierte en el descubrimiento de claves ocultas que permiten comprender de otra manera nuestros procesos históricos. Ello quiere decir que el saber historiográfico aquí se ha conformado de manera especial, y no puede pensarse por separado de una consideración del valor heurístico de la experiencia de sujetos concretos.¹⁸

Así, Pedro Henríquez Ureña ofrece coordenadas para pensar de otra manera lo que Carlos Rincón llamará después el problema del cambio histórico de la noción de literatura: la cultura, en su más amplio sentido, es un proceso social en donde los problemas de la vida diaria llevan a configurar de especial modo las relaciones entre historia y experiencia, prácticas del pensar y vocaciones del actuar, artes de la vida y artes de la ficción.¹⁹

De esa manera, antes de morir, Pedro Henríquez Ureña crea un arco para integrar en una sola colección la ciencia, la historia, la literatura, el pensamiento y la reflexión sobre la sociedad, tal y como se lo había propuesto Daniel Cosío Villegas: pero también imagina una serie de preguntas, cuya respuesta aún no terminamos de elaborar, que permiten leer juntos esos saberes que parecían estar aislados; textos distintos pueden ser leídos uno después de otro, como capítulos de una sola historia, integrantes de un único proceso.

de José Bernardo Couto (en edición anotada por Manuel Toussaint) y la *Clasificación de las lenguas indígenas de México* de Manuel Orozco y Berra (con sus sucesivos borradores y un estudio preliminar de algún lingüista especialista en lenguas indígenas, quizá norteamericano, que hable de la importancia de esta obra). Además se señala como muy importantes los siguientes autores: Alberdi, Manuel González Prada, Juan Montalvo, Rufino José Cuervo, José Enrique Rodó, Simón Bolívar, Enrique José Varona, José Martí, Ignacio Ramírez, Florentino Ameghino y los brasileños José Bonifacio de Andrada e Silva, Ruy Barbosa y Euclides da Cunha. El *Facundo* llevará a una pequeña discusión entre los dos amigos, porque podría ser ubicado también en “historia y biografía”.

18 Entre los títulos marcados por Henríquez Ureña como muy importantes están la Historia de Belgrano y de la independencia argentina y la Historia de San Martín y la emancipación sudamericana de Mitre, la Historia de la república argentina de Vicente Fidel López, la Campaña del Ejército Grande de Sarmiento, Un decenio de la historia de Chile de Diego Barros Arana, y la Historia universal, la Historia de México para niños, la Evolución política del pueblo mexicano y Juárez, su obra y su tiempo de Justo Sierra. Además se señala como muy importante a Joaquín García Icazbalceta.

19 Véase Carlos Rincón, El cambio de la noción de literatura y otros estudios de teoría y crítica latinoamericana, Bogotá, Colcultura, 1978.

Bibliografía

- AMUNÁTEGUI, Miguel Luis (1882): *Vida de don Andrés Bello*. Santiago de Chile: Pedro G. Ramírez.
- BARCIA, Pedro Luis (1994): *Pedro Henríquez Ureña y la Argentina*. Santo Domingo: Secretaría de Estado de Educación/Bellas Artes/Cultos/Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña.
- BUENO, Raúl (1991): *Escribir en Hispanoamérica. Ensayos sobre teoría y crítica literaria*. Lima/Pittsburgh: Latinoamericana.
- CERVANTES, Freja (2009): “Colecciones y formación de gustos literarios en México”. En: *Andamios*, VI, 12, pp. 279-298.
- COSÍO VILLEGAS, Daniel (1986): *Memorias*. México, D.F.: Secretaría de Educación Pública/ Joaquín Mortiz (Lecturas Mexicanas. Tercera Serie, 55).
- CROCE, Marcela (2013): “‘Biblioteca Americana’: la utopía del archivo continental”. En: *Confluente. Revista di studi iberoamericani*, 5, 1, pp. 26-36.
- FERNÁNDEZ RETAMAR, Roberto (1995): *Para una teoría de la literatura hispanoamericana. Primera edición completa*. Bogotá: Instituto Caro y Cuervo.
- GRASES, Pedro (1981a): “Tres empresas periodísticas de Andrés Bello”. En: *Estudios sobre Andrés Bello*, tomo II. Caracas/Barcelona/México, D.F.: Seix Barral, pp. 307-314.
- ____ (1981b): “La Biblioteca Americana (Londres, 1823)”. En: *Estudios sobre Andrés Bello*, tomo II. Caracas/Barcelona/México, D.F.: Seix Barral, pp. 318-328.
- HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro (1947): *Historia de la cultura en la América hispánica*. México, D. F.: Fondo de Cultura Económica.
- HENRÍQUEZ UREÑA DE HLITO, Sonia (1993): *Pedro Henríquez Ureña: apuntes para una biografía*. México, D.F.: Siglo XXI.
- JAKSIC, Ivan (2001): *Andrés Bello. Scholarship and Nation-Building in Nineteenth-Century Hispanic America*. New York: Cambridge University Press.
- KRAUZE, Enrique (1991): *Daniel Cosío Villegas. Una biografía intelectual*. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica/Mortiz.
- MARTÍ, José (1991): *Nueva exposición de los pintores impresionistas*. En: *Obras completas*, vol. XIX. La Habana: Editorial de Ciencias Sociales.
- ____ (1992): “Las ruinas indias”. En: *La Edad de Oro*, ed. R. Fernández Retamar. México, D.F.: Fondo de Cultura Económica.
- MONDRAGÓN, Rafael (2010): “Gestos del pensar y ética de la lectura en *Las corrientes literarias en la América hispánica* de Pedro Henríquez Ureña”. En: Liliana Weinberg (coord.): *Estrategias del pensar. Ensayo y prosa de ideas en América Latina*, vol. II. México, D.F.: Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe-Universidad Nacional Autónoma de México, pp. 55-103.
- QUIJANO, Aníbal (2000): “Colonialidad del poder y clasificación social”. En: *Journal of World-System Research*, xi, 2, pp. 342-386.
- RAMÍREZ DELGADO, María (2012): “La *Biblioteca Americana* y el *Repertorio Americano*. Una propuesta de ideal social”. En: *América. Cahiers du CRICCAL*, 41, pp. 113-121.

- REYES, Alfonso/OCAMPO, Victoria (1983): *Cartas echadas. Correspondencia Reyes/Ocampo*, ed. H. Perea. México, D.F.: Universidad Autónoma de México.
- REYES, Alfonso (2008): *20 epistolarios rioplatenses de Alfonso Reyes*, ed. S. I. Zäitzeff. México, D.F.: El Colegio Nacional.
- RODRÍGUEZ MONEGAL, Emir (1984): “El Nuevo Mundo: un diálogo de culturas”. En: *Noticias públicas y secretas de América*. Barcelona: Tusquets, pp. 8-15.
- ROJO, Grínor (2013): *De las más altas cumbres. Teoría crítica latinoamericana moderna (1876-2006)*. Santiago: Lom.
- RUIZ, Ángeles (1987): “Apéndice. Síntesis del expediente 820 del Archivo Histórico de la UNAM/Centro de Estudios Sobre la Universidad”. En: Henríquez Ureña, Pedro: *Universidad y educación*, 3ª. ed. México: Universidad Nacional Autónoma de México/ Instituto Politécnico Nacional, pp. 123-151.